

# El comentario de Diego Gracia

## El comentario de Diego Gracia



### Sofismas

Los sofistas han pasado a la historia como los creadores de una marca que ya desde sus comienzos ha gozado de sorprendente éxito. Ahora que tanto se especula y negocia con el valor de mercado de las marcas (*brand*), y que a todos nos han convencido de que valor no tienen solo los productos sino también cosas que no lo son, como los llamados “intangibles”, se comprende que cobren valor cosas tan etéreas como las palabras.

Una de esas palabras es “sofisma”. La acuñaron los antiguos griegos, y desde entonces acá, no solo no ha perdido actualidad sino que cada vez cobra mayor vigencia. Como los buenos vinos, gana con el paso de los años. De hecho, los modernos sistemas de comunicación, desde el humilde aparato de radio hasta las potentes redes sociales y esa recién llegada que es la inteligencia artificial, han demostrado ser potentísimos instrumentos de difusión de sofismas.

¿Qué es un sofisma? En principio, el tipo de argumento utilizado por unos personajes de la antigua Grecia a los que se puso el nombre de “sofistas”. *Sophistés* significa en griego persona sabia o sabionda, instruida, maestra en el arte de razonar y pensar. De hecho, esa palabra procede del sustantivo *sophós*, el término griego no solo para sabio sino también para instruido, hábil, diestro, prudente. Pero lo que son las cosas: *sophistés* acabó significando embaucador, charlatán, impostor, que es, de hecho, el único sentido que hoy tiene en nuestras lenguas el término “sofista”. De hecho, Platón les llama “cazadores a sueldo de jóvenes pudentes” (*Sofista* 231 d), y Jenofonte añade que “hablan para engañar y escriben para su propio lucro” (*Cinegético* XIII 8).

Los antiguos sofistas eran personas cultivadas, que sabían leer, escribir y hablar, cosa entonces relativamente rara, y que además dominaban el arte de la retórica. Lo cual permite entender que esta palabra acabara cobrando en nuestras lenguas un sentido tan negativo como el de aquélla otra. Para los antiguos griegos la retórica era un arte nobilísimo, que, eso sí, podía adulterarse, pervirtiendo su significado original. La retórica era y es el arte de persuadir. Y la persuasión busca convencer al otro con buenas razones. Si las razones no son buenas, si son falsas o están trucadas, no se habla de persuasión sino de manipulación.

Max Weber estudió con mucho detalle una categoría sociológica por demás sorprendente, la de “dominación”, *Herrschaft*, en alemán. La definió como el arte de persuadir a otra persona, de modo tal que ésta acabe haciendo lo que aquélla quiere, pero creyendo que hace lo que quiere. En términos técnicos, consiste en hacer que el otro actúe heterónomamente, pero haciéndole creer que lo hace de modo autónomo. Ni que decir tiene que es la versión más sutil y sofisticada de la manipulación. Y es que entre la persuasión y la manipulación hay una línea divisoria tenue, y a veces tan sutil, que acaba resultando imperceptible.

Lo dicho hasta aquí es una cuestión de pura lógica, esa asignatura tan desatendida en los procesos educativos. Y de la que sin embargo resulta imposible prescindir en la vida. La lógica es anterior a la ética, aunque solo sea porque ésta se construye con argumentos. Pero no se

trata de un proceso puramente lineal, porque también aquí se da la recursividad. El sofisma, ¿es un defecto lógico o ético? De hecho, los sofistas utilizan la argumentación y la retórica no para buscar la verdad sino para su propio beneficio. Todo puede pervertirse, y la búsqueda de la verdad, también. ¿Qué es un sofisma? ¿Un defecto lógico o ético? ¿Su objetivo es la persuasión o la dominación?

*Nulla ethica sine logica*, habría que decir. Husserl hizo clásica la distinción de dos tipos de actos, que llamó objetivantes y no objetivantes. La lógica es el dominio de los primeros y la ética se encuentra entre los segundos. De ahí su conclusión de que la lógica va primero, dotando de objetividad a los demás actos mentales. Esto es algo que no puede perderse nunca de vista en el mundo de la ética. Los errores lógicos acaban teniendo consecuencias éticas, a veces terribles.

Todo esto parece elemental, y ciertamente lo es. Pero viendo y oyendo a nuestros políticos diríase que es una de nuestras asignaturas pendientes. Se miente con descaro, y se manipula la verdad a propia conveniencia. Hay sesiones parlamentarias que podrían pasar por ejercicios refinados de arte sofístico. Y no una, ni circunstancial o esporádica, sino continua, reiterada, hasta convertir la mentira y el engaño en habitual. ¿Qué es, si no, eso de las *fake news*? ¿Tiene algún sentido hablar seriamente de “posverdad”? Si vieran los sofistas del tiempo de Sócrates a dónde hemos llegado, lo refinado de los procedimientos y la reiteración de su uso, dudo que salieran de su asombro. Valga como ejemplo el uso continuo en sitios en principio tan serios y respetables como el Parlamento del llamado argumento *ad personam* o *ad hominem*, que nunca ni bajo ninguna circunstancia está permitido utilizar.

La verdad hay que buscarla, cuidarla, cultivarla. Es una piedra preciosa que necesitamos proteger. Es preciso educarnos a nosotros mismos y educar a los demás en el respeto a la verdad. Fue un político el que hace ya más de veinte siglos se permitió decir, entre irónico y escéptico, “¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38). Pero no lejos de ese texto hay otro que dice: “la verdad os hará libres” (Jn 8,32). El contexto de ambas frases demuestra bien que de su contestación derivaron entonces, y siguen derivando hoy, consecuencias tan imprevistas como terribles.

**Diego Gracia**

Catedrático Emérito de Historia de la Medicina  
Universidad Complutense de Madrid